

QUINCE AÑOS Y TRES MESES

Entrevista a Alejandro Cercas Alonso
(Ex Diputado Europeo y Profesor Jean Monnet en la Universidad de Extremadura)

A lo largo de 2015 se ha impartido en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Extremadura el Primer Curso del Módulo Jean Monnet sobre la Historia de la Integración Europea, concedido por la Comisión Europea y dirigido por el Catedrático D. Enrique Moradiellos. El módulo ha desarrollado, entre otras actividades, un Curso de Perfeccionamiento que han superado con éxito 21 alumnos de varias facultades, así como varias conferencias en la Universidad de Mayores de Badajoz y Mérida, y un viaje de estudio a la sede de las Instituciones Europeas en Bruselas y a los museos y memoriales de la Primera Guerra Mundial en Flandes. La novedad y el valor añadido que ha facilitado la concesión de éste Módulo, en difícil concurrencia con otras candidaturas, ha sido la de unir a los contenidos académicos las aportaciones de D. Alejandro Cercas Alonso. Nutrido por la experiencia política y por el conocimiento práctico que proporcionan tres legislaturas como eurodiputado en Bruselas, el extremeño Cercas nos ayuda a entender en esta entrevista algunas de las claves de aquel largo viaje –personal y profesional– que le condujo desde su Cáceres natal hasta la capital comunitaria.

Tiempo Presente.- ¿Cómo fue tu primer contacto con Bruselas?

Alejandro Cercas.- Aunque en mi currículum se anotan 15 años de estancia en Bruselas, con rigor deberían figurar 3 meses más: en el verano de 1970, estudiante de Derecho en la Universidad Complutense, aproveché las vacaciones para buscar un trabajo remunerado en Bruselas y, así, mejorar mi francés y el precario estado de mi economía. Entonces no existían las becas Erasmus y, contando con los favorables cambios monetarios, algunos estudiantes acometíamos la aventura de unirnos durante los veranos al ejército de españoles emigrantes en el centro de Europa.

Mi primer contacto fue, pues, la sirena y el ruido de las máquinas de la fábrica de cartonajes Vaneste&Brel, de la familia del cantautor belga Jacques Brel del que era y soy rendido admirador. Vivía y trabajaba entonces en los alrededores de la Gare de Midi y del Canal, donde ahora viven y trabajan los magrebíes que ocupan los alojamientos y negocios dejados por aquellos españoles que se jubilaron y regresaron de aquellas tierras de Flandes.

Esta primera experiencia en Bruselas me marcó profundamente en mi vida personal y en mi compromiso político: el trabajo era duro y la convivencia con los belgas tan inclemente como su clima. Supe de los ritmos y la monotonía aterradora del trabajo en cadena, y mi vida marginada de cuasi emigrante me recordaba diariamente que era ciudadano de la otra Europa, la de la pobreza y la opresión, la que estaba extramuros de la Comunidad, la de segunda categoría. Tuve pocos contactos con los nativos pero muy ricos y abundantes con la variada colonia de exiliados que habían desembocado allí por razones políticas, sindicales y sociales, que expresaban un patriotismo primario y desesperado, náufragos de un país del que se sentían expulsados y arribados a otro que sólo, a medias, les abría sus puertas.

Si alguien me hubiera simplemente insinuado la posibilidad de que un día yo representase a España y llegase a tener responsabilidades significativas en el Parlamento Europeo, le habría tenido por loco. El que España formara parte de la Europa comunitaria

me parecía un sueño, y que el modesto peón del barrio de Midi que yo era, un día viviría y trabajaría en el exclusivo barrio europeo me hubiera sonado a quimera o a milagro. Pero el doble milagro se produjo y tuve el honor y privilegio de vivirlo.

TP.- Y treinta años después, cuando llegas como eurodiputado, ¿cómo percibes Bruselas y el proceso de construcción europea?

A.C.- De forma paulatina, pero bastante rápida, comprendí que el bagaje que traía, aunque prestigioso en la vida política y parlamentaria española, era insuficiente para comprender y actuar eficazmente en aquella Torre de Babel: los procesos eran muy complejos, se trabajaba básicamente en inglés, y los métodos de trabajo no eran los que yo conocía en España. De modo que una constatación se impuso: debía situarme humildemente como el último de la fila, pese a que venía de la primera en España, y tenía que mejorar mis aptitudes mediante un proceso acelerado de aprendizaje y estudio riguroso.

Por otra parte, no es preciso mucho tiempo para percatarse que en el Parlamento Europeo un diputado tiene que construirse personalmente el reconocimiento de sus colegas para, después, poder aspirar a responsabilidades y resultados. Y cuando hablo de colegas lo hago en el sentido amplio, no sólo de los colegas de su Grupo político, por la sencilla razón de que, a diferencia del Parlamento Español, la disciplina del Grupo es muy laxa y las mayorías que permiten aprobar iniciativas exigen necesariamente la suma de diputados de diferentes Grupos y una gran capacidad de negociación con el Consejo y la Comisión. El apoyo del Grupo propio, que no está garantizado de antemano, nunca sustituye a las capacidades del Diputado, que goza de gran autonomía y libertad para hacer viables los informes, legislativos o no legislativos, que, por ello, llevan su nombre.

Tampoco se tarda mucho tiempo en comprender que la agenda política europea es mucho más rigurosa y rica en contenidos que la que conocemos en España, tan monotemáticamente centrada en el poder de los partidos y el cortoplacismo que demanda la tiranía de los titulares de prensa. Para mí fue un descubrimiento y una bocanada de aire fresco que pudiera estudiar a fondo algunos de los grandes problemas del mundo y de Europa, sin espíritu sectario, y con el constructivo afán de responder asociando al mayor número posible de intereses legítimos y a diputados de todas las sensibilidades.

**“NUESTRO PROBLEMA NO ES LA EXISTENCIA DE EUROPA,
 SINO LA AUSENCIA DE EUROPA”**

Mi llegada, que se produjo en el año 2000, coincidió con el simbólico cambio de siglo, en un momento de grandes ilusiones y proyectos políticos: empezaba la tercera fase de la Unión Monetaria y esperábamos con ilusión que la nueva moneda expresase un fuerte impulso a la Unión. Nos preparábamos entonces para, con la Gran Ampliación a los países del Este, cerrar el doloroso capítulo de la división y las secuelas de la guerra fría y el comunismo.

Corrían vientos de gran certeza y voluntarismo en incrementar la prosperidad económica de Europa. Un ambicioso programa estratégico, el llamado Proceso de Lisboa, nos ofrecía, con gran aparato de cifras y objetivos cifrados, el paradigma de hacer que en 2010 Europa tuviera “la economía del conocimiento más competitiva y dinámica del mundo capaz de un crecimiento duradero acompañado por una mejora cuantitativa y

cuantitativa del empleo y una mayor cohesión social”. Pero, como siempre, el mero enunciado de objetivos y deseos sin allegar los medios precisos sólo podía conducir al fracaso y a la frustración.

Con entusiasmo el Parlamento apoyó la Resolución del Consejo de Laeken (2001) para que una Convención reformara los tratados y preparara la propuesta de una Constitución para Europa. Con gran determinación recorrimos toda Europa para vencer las resistencias a su ratificación de los dos extremos del arco político. En España todo salió bien pero me esperaba la dolorosa cura de realismo que supuso el entierro del Proyecto por los votos contrarios de franceses y holandeses, expresados en sendos referéndums en 2005.

Aquel revés fue para mí la evidencia definitiva de que la construcción de los Estados Unidos de Europa no pasaba de ser una ingenua confusión entre mis deseos y la realidad. Más tarde comprendería que la imposibilidad de llevar a efecto aquel programa máximo ideológico no era el fin del mundo ni un muro infranqueable para avanzar en el camino de la integración. La vida política me volvía a mostrar que sólo se avanzaba por la aburrida senda de las reformas, la negociación y los acuerdos. Y así terminé de aprender que la política europea estaba muy alejada de la pasión, y que no era otra cosa que una dolorosa transacción entre los principios y la realidad.

TP.- Sin embargo, por detrás de los grandes acuerdos, de los grandes titulares mediáticos, de las grandes negociaciones, está la intrahistoria de aquello que familiarmente se conoce como “Bruselas”. Los ciudadanos suelen tener imágenes bastante abstractas o indefinidas, de lo que es la actividad política en la Unión europea, percibida muchas veces como una realidad etérea y lejana. ¿Cómo es –por llamarla de alguna manera– la pequeña historia del día a día de un eurodiputado?

A.C.- Hay rutinas y tareas que son muy comunes en la vida de los diputados aunque, al final, el uso del tiempo varía enormemente según la capacidad y responsabilidades de cada uno y, sobre todo, de la dedicación a la agenda europea que, como es lógico, absorbe un tiempo enorme que no todos (sobre todo los latinos) quieren restar a la vida del Partido y a la agenda política del país de procedencia.

En términos genéricos un diputado es una persona que arrastra maletas y vive expatriado en tres países simultáneamente: Bélgica, Francia y su país de origen. En Bruselas está entre dos y tres semanas al mes dedicado, en Comisiones y Grupo, a los trabajos preparatorios del Pleno; en Estrasburgo está durante la semana mensual de Pleno, y en su país realiza los trabajos de circunscripción los viernes y la mañana de los lunes.

Este modelo se matiza según las responsabilidades de cada diputado. En la legislatura durante la cual fui coordinador de Empleo del Grupo Socialista, mi dedicación al Parlamento y a mi Comisión era de semana completa en Bruselas, cuestión que no me resultaba insoportable, ya que trasladamos a Bruselas el domicilio familiar. Por el contrario, los diputados activos o responsables de las Comisiones y Delegaciones exteriores pasaban tanto tiempo en esos mundos de Dios como en sus países o en las salas de reunión de Bruselas.

En general es evidente que no puede ser eurodiputado nadie que sea refractario a los vuelos en avión o a los servicios de restauración y hostelería. Yo computé en mi mandato 1600 vuelos y más de 3000 días y noches fuera de España. Tuve colegas de la periferia de

Europa o sus islas de ultramar que dedicaban no menos de 15 horas semanales —45 semanas cada año—, para los desplazamientos entre sus domicilios y las Sedes.

Tampoco es idóneo para el puesto aquel que no esté dispuesto a participar en cientos de reuniones y actos en un entorno multilingüe y generalmente ayuno de grandes emociones, aunque se conoce a gente muy culta e interesante. Uno de los mejores regalos de mi vida parlamentaria ha sido la amplísima agenda de contactos y amistades que anudé en las Instituciones Comunitarias y Estatales, Organizaciones Sindicales, Empresariales, Ong's y Grupos de Intereses presentes en Bruselas y en los seminarios y visitas a las Capitales con motivo de las Presidencias de turno y las Conferencias a las que asistí como Ponente o Invitado.

“MÁS QUE UN IDÍLICO EDÉN, BRUSELAS ES MUCHAS VECES UNA JAULA DORADA”

La otra gran ventaja comparativa que ofrece el Parlamento Europeo con respecto a los parlamentos nacionales, es la abundancia de medios de apoyo de que gozan los eurodiputados. Amén de los asistentes y asesores que pueden contratar para que les ayuden en su circunscripción y en Bruselas, disponen de los expertos, técnicos y administradores de su Grupo y del Parlamento. Esta abundancia de staff suele ser también motivo de escándalo en España, que reputo farisaico y populista, ya que no hay peor dinero que el que supone gastar en un diputado que nada hace o nada puede hacer por su ignorancia o escasez de apoyo, por muy bajo que sea su salario. No ocurre así en los países serios, más preocupados de los resultados del trabajo de sus diputados que de los medios de que disponen.

Recuerdo con cariño y admiración al excelente equipo de expertos y a mis asistentes parlamentarios que fueron piezas insustituibles para un trabajo de verdadero equipo y para alcanzar algunos resultados que mis colegas reputaron excelentes. De hecho, la amputación que me resultó más penosa al perder mi condición de Parlamentario, fue el alejarme de ellos. Es fácil deducir, contra una opinión muy extendida, que los eurodiputados realizan un trabajo arduo, exigente y de gran calidad, en un medio incómodo, alejados de su familia y país. Ciertamente están muy bien pagados y tienen inmunidades y privilegios, aunque no más que el resto del personal que presta servicios en organizaciones internacionales, y aunque parezca que habitan en un idílico Edén lo cierto es que la mayoría viven, solitarios, en una jaula dorada.

Han pasado quince años largos desde la primera vez que viajaste a Bruselas en calidad de Eurodiputado. ¿Qué balance político harías del periodo?

A.C.- A fuer de sincero, en el balance de la Europa de estos 15 años no encuentro la utopía y la Europa idílica con que soñaba. Tras mi experiencia en Bruselas aún mantengo ese sueño, pero ahora sé que “los sueños, sueños son” y que la utopía es, por definición, algo que no existe ni existirá, aunque no es inútil y tiene la virtualidad de señalarnos el camino. Encuentro muy acertado el símil con la levadura que señala Claudio Magris, ya que si bien es cierto que no se puede fabricar pan sólo con levadura, no es menos cierto que no es posible fabricar un buen pan sin ella.

No hay duda de que el proyecto europeo ha alcanzado unos resultados extraordinarios: ha asentado la paz y la Unión en un continente que sólo conoció crueles guerras y divisiones, ha construido el modelo económico, social y medioambiental más

envidiable y envidiado, ofrece al mundo el más reputado ejemplo de convivencia, democracia, libertad, respeto a los derechos humanos y al derecho internacional. Es la primera potencia comercial del mundo y la campeona en la cooperación al desarrollo y en el compromiso con la sostenibilidad de los recursos y equilibrios naturales del planeta.

Para España ha sido, además, una bendición y el más extraordinario Plan Marshall que imaginar pudimos, y que nos ha permitido, en sólo una generación, superar el aislamiento de dos siglos y atrapar los retrasos que acumulábamos en infraestructuras materiales y de conocimiento. Nos ha enseñado, además, las mejores prácticas de la democracia y del buen gobierno y nos está ayudando de mil formas efectivas a resolver los problemas domésticos más amenazantes para nuestra convivencia como el terrorismo y separatismo nacionalista.

Pero no todo son datos positivos en el balance. Personalmente, el que más me preocupa es la insensibilidad que muestran las Instituciones ante la creciente desafección de la ciudadanía: la gente reconoce el papel que jugó en el pasado pero duda que quiera y sepa resolver los problemas e incertidumbres estrechamente conectados primero con la globalización y después con la crisis financiera.

Desgraciadamente la gente ve una Europa puramente tecnocrática o en manos de los poderes económicos, una mera zona de libre cambio y un mercado sin fronteras. Tras la gran crisis, que tan duramente ha golpeado a trabajadores y clases medias, los índices de afecto al proyecto europeo han sufrido caídas dramáticas y se observa un foso creciente en la confianza entre los ciudadanos del centro y la periferia. Es cierto que los últimos sondeos, a medida que los efectos de la crisis se atemperan, la confianza parece recuperarse, pero persisten los problemas de fondo y la ausencia de respuestas concluyentes.

Hay una morosidad exasperante en mirar de frente el problema que plantea la falta de un proyecto político estimulante, articulado con los instrumentos de la democracia y expuesto con liderazgos serios y consecuentes. Si seguimos con esta impotencia, los nacionalismos y los populismos, de izquierdas y de derechas, seguirán incrementando su fondo de comercio y harán del proyecto europeo el chivo expiatorio, el primer baluarte que destruirán en su asalto contra la democracia representativa y los ideales de los pactos políticos y sociales de la posguerra.

“UNA HIPOTÉTICA SALIDA DEL REINO UNIDO SÓLO TRAERÍA DAÑOS PARA BRITÁNICOS Y EUROPEOS”

La principal debilidad de Europa es su relativa incapacidad para actuar en el nuevo sistema internacional de producción e intercambio de bienes y productos. El Consenso de Bruselas no abandona el fundamentalismo ultraliberal y renacen las tentaciones al repliegue nacional pese a que, paradójicamente, la globalización y la bulimia de la industria financiera deberían llevarnos a levantar urgentemente una respuesta a escala europea, la única escala que podría ofrecernos capacidades defensivas y ofensivas.

La crisis bancaria y de la deuda sorprendió a Europa sin instrumentos políticos y financieros adecuados y, aunque finalmente se controló una tormenta que podría haber barrido al Euro del mapa, y por tanto la Europa que conocemos, lo es cierto que el desastre ha sido devastador en términos primero económicos y luego sociales y políticos.

Y una vez más se actuó tarde, con contradicciones y prejuicios ideológicos inasumibles y, por supuesto, a escala intergubernamental, como si Europa fuese solo el Consejo Europeo, el Ecofin y el Banco Central Europeo. La pérdida de la centralidad que el método comunitario da a la Comisión se ha vulnerado sin el menor rubor por parte de los Jefes de Estado y de Gobierno, sin la contundente reacción que cabía esperar de una Comisión que cada día es más apéndice del Consejo, y con una presencia sólo episódica de un Parlamento claramente secundario en el puesto de mando.

Por ello mi conclusión final es que nuestro problema no es la existencia de Europa, como afirman algunos inadvertidos, sino la ausencia de Europa. Nuestro problema es que Europa está a medio hacer, sin recursos políticos ni financieros relevantes, reducida a la lógica intergubernamental del Consejo Europeo y del Directorio que de facto le dirige, y a la consecución de los objetivos macroeconómicos que salvaguarda el autónomo BCE.

No seré yo quien diga que las iniciativas frente a la crisis han sido irrelevantes, o que el intergubernamentalismo y el Consejo no forman parte de la construcción de Europa, pero fui testigo de que eso no es bastante: faltan visiones más estratégicas, se han producido daños colaterales de consideración, y esta Europa meramente macroeconómica e intergubernamental carece de los elementos necesarios para sacarnos de la crisis y mucho menos para construir el artefacto político con el que conseguir la recuperación y ganar el papel significativo que debemos ocupar en el nuevo mundo de la globalización.

El mundo está sufriendo un cambio vertiginoso y Europa parece no enterarse de su pérdida de relevancia y de las debilidades que amenazan la sostenibilidad de su proyecto. En esta última década, catalizado por la crisis, el deterioro es patente y afecta al núcleo básico de la legitimación: la capacidad de crear y repartir riqueza, la cohesión social, el empleo y el pacto social de la posguerra, pilar de su específico modelo de economía social de mercado. Europa debe ofrecer las seguridades que la legitimaron ante sus ciudadanos.

Noticias de estos últimos días dan cuenta de que está muy próxima una gran iniciativa conjunta de los Presidentes de las cuatro instituciones, y también en la prensa hay pronunciamientos conjuntos de responsables gubernamentales franceses y alemanes para relanzar con urgencia y en profundidad el proceso de integración europea.

Es un secreto de polichinela que la iniciativa que se espera consiste en abrir un proceso de cooperación reforzada entre el número –forzosamente reducido– de países que estén dispuestos a dar el paso, tantas veces frenado por los más escépticos, de compartir soberanía en los campos económico, fiscal, social y en la dimensión exterior de la Unión. Si cristaliza esa voluntad política podríamos estar en las vísperas de otra nueva y espectacular singladura del proceso de la integración europea. Inch´Allah...

TP.- Si miramos al Reino Unido parece que allí avanzar en la integración no está entre las prioridades políticas. ¿Qué futuro aventuras a su relación con la UE a la vista del euroescepticismo que cultivan y el referéndum que anuncian?

A.C.- Es obvio que son muchos los británicos, principalmente en sectores populares y con dificultades, que no se sienten cómodos en la Unión Europea y que los eurofóbicos tienen una amplia clientela. Sin embargo, como muestran las últimas encuestas, es muy probable que sea mayoritaria la opción de seguir en la Unión, y parece seguro que tal es el deseo manifiesto en los sectores ilustrados, financieros y diplomáticos. Creo que es también el deseo oculto de Cameron, que se ha metido en el lio del referéndum con la

ingenua pretensión de conseguir dotar al Reino Unido de un status privilegiado y, así, frenar la galopada demagógica del UKIP. Dudo mucho que el camino elegido le permita cosechar algún éxito significativo en esos propósitos. Como los ingleses han dado tantos disgustos, en Bruselas existe, entre algunos, un sentimiento de gran resignación ante lo que pueda pasar, y entre otros, un deseo inconfesable de que cumplan sus amenazas y nos dejen de una vez seguir tranquilos el camino de la integración política de Europa.

Es evidente, aunque lo nieguen Tirios y Troyanos, que su salida de la Unión Europea les dañaría a ellos y nos dañaría a todos. El Reino Unido no saldría indemne si se aísla al otro lado del Canal, y Europa sufriría una penosa amputación si tiene que prescindir de los grandes activos que aporta el ese país. Desgraciadamente en el Reino Unido mucha gente sigue influida por la prensa infecta que sataniza a Europa y alimenta la quimera de la superioridad británica. Millones de británicos desconocen con precisión la geografía, la historia y las exigencias económicas de su país y parecen no haberse enterado que el león del Imperio ya no tiene garras y perdió la melena y el poder de antaño. También desconocen los activos que les proporciona la Unión y sus 500 millones de habitantes. Muchos han interiorizado la patraña de que se está disolviendo su identidad y su democracia en una Europa política gobernada burocráticamente desde el continente y Bruselas. Pero ya se sabe que si es difícil vencerles es aún más laborioso convencerles. Yo espero que esa tarea la acometan, y con mucha más posibilidades de éxito, la City de Londres y los socios trasatlánticos.

“LO QUE DEBE SER DEBATIDO SON LOS CONTENIDOS DEL TTIP, PERO NO EL HECHO DE NEGOCIAR CON LOS EEUU”

Tampoco es riguroso el punto de vista de quienes sólo ven beneficios en una hipotética salida británica. Olvidan las enormes capacidades económicas, culturales, diplomáticas y militares que aporta el Reino Unido. Es uno de los cinco grandes del Consejo de Seguridad y una de las potencias financieras del mundo. Su idioma es la lengua franca de la Europa de los 28 y su sistema democrático es el modelo axiomático. Sentaría un precedente desastroso que afectaría la razón de ser de la Unión cuya voluntad es integrar, y que solo sabe conjugar los verbos sumar y construir.

Pero es claro que tenemos un problema y que sería suicida el aceptar las demandas británicas de revisar los Tratados para que la UE mute hacia el viejo proyecto de la EFTA. Si eso llegase a pasar, la Unión se convertiría en una mera Asociación Europea de Libre Comercio, limitada a la cooperación intergubernamental, abandonarían cualquier pretensión política o social y renunciarían a tener una posición internacional o una política interior y de seguridad común. Es inimaginable que Cameron consiga la unanimidad que el Tratado exige para cualquiera de estos cambios y, claro es, mucho menos a todos y solicitados bajo amenazas. Desgraciadamente sí es imaginable que exista en algunos la tentación de aprovechar las demandas de Cameron para liquidar subrepticamente partes del acervo social, con añagazas tales como la puesta en valor del principio de subsidiariedad o el mantra de las simplificaciones reglamentarias y administrativas.

Yo mantengo la esperanza fundada de que este enredo termine siendo el detonante de la ruptura del nudo gordiano de la unanimidad que impide avanzar a los que quieren ir más lejos y más rápido y que obliga a todos a seguir el ritmo de los más lentos o renuentes. Antes comentaba que, aún sin reformas del Tratado –que serían fácilmente bloqueadas o desvirtuadas por los retardatarios–, es posible jurídicamente avanzar hacia la Unión Fiscal, la Unión Económica o la Unión Social, por un Grupo de más de 9 Estados Miembros

decididos a ello y que cuente con la colaboración de la Comisión y el Parlamento para el difícil asunto de su encaje institucional.

Es así como se empezó con el Euro y se eliminaron fronteras y, así lo espero, se avanzará para superar las secuelas de la crisis económica y los intentos de aquellos que ni creyeron, ni creen ni creerán que una Europa más unida, lejos de ser un problema, es la solución. Sólo una Europa más Unida puede significar algo en el mundo. Sólo una Europa más coherente y segura de sí misma puede hacer que perdure su civilización y que su modelo social sobreviva lozano y remozado en el mundo nuevo de la globalización. Mejor con los británicos que sin ellos, pero si nos empujan a elegir entre el Reino Unido y Europa creo que se van a quedar solos...y sin Escocia.

TP.- Mirando hacia el Este, la agenda europea está llena de interrogantes sobre las ampliaciones, sobre Turquía, sobre la política de vecindad con las antiguas repúblicas soviéticas, sobre el conflicto de Ucrania...¿cuáles son tus claves interpretativas?

A.C.- Todas estas cuestiones tienen relación con el espinoso tema de la identidad europea y los límites políticos y geográficos del proyecto de integración. La controversia sobre la identidad creo que quedó cerrado por mucho tiempo tras los debates del Tratado Constitucional, pero el proyecto de ampliación se ha llenado de cautelas y resistencias.

No hace falta decir que las dificultades encontradas en las ampliaciones a los países del Este han subrayado, con la tozuda fuerza de los hechos, que el proyecto tiene límites y que estamos ya en ellos o cerca: hay que saber que cualquier ampliación exige en la Unión la unanimidad de los 28, allegar cuantiosos recursos presupuestarios, y además obliga a los candidatos, según los llamados Criterios de Copenhague, a poseer un nivel alto de capacidad para el gobierno democrático, para el cumplimiento del acervo comunitario, y para ejecutar una rigurosa gestión económica y presupuestaria. No parece que en la nómina de los países que ahora son candidatos, ni en la lista de los que han manifestado su voluntad de serlo, haya ninguno en el que se cumplan, en el corto o en el medio plazo, todos los requerimientos precisos.

La cuestión más incómoda es Turquía. Paradójicamente, es en este caso donde estamos más cerca y más lejos de la integración. Más cerca, puesto que el país tiene un convenio de asociación desde 1963, es candidato desde 2005 y tiene prácticamente cerrados todos los capítulos técnicos exigibles para su integración. Pero más lejos, ya que a medida que se acerca el momento de su incorporación (implícita en la apertura de negociaciones y en innumerables promesas diplomáticas), se van desvelando las dificultades políticas y las insalvables resistencias de las opiniones. Europa está así en el dilema de romper las palabras dadas y renunciar al gran salto geoestratégico que suponía la integración de un populoso país musulmán, o continuar unas negociaciones “ad calendas graecas”.

Sea cual sea el camino que se elija todo parece indicar que Europa no es capaz de asumir la llegada de un socio que mantiene ocupado una parte de un Estado miembro, que supera en población al más grande de ellos y que aporta un territorio, una cultura y una religión que muchos reputan ajenos a nosotros. Personalmente me gustaría que no se cerrasen todas las puertas a la espera de que próximas generaciones, a ambos lados del Bósforo, sean más capaces y generosas.

Soy más optimista, sin embargo, sobre los interrogantes planteados por el mal momento de nuestras relaciones con Vladimir Putin. A la larga, creo que encontraremos un punto de encuentro, ya que los intereses mutuos así lo exigen y nuestra posición es plenamente compatible con el respeto a ese gran país que Rusia y a su papel en el concierto internacional. De modo que creo que tenemos un conflicto coyuntural, muy peligroso en el caso de Ucrania, pero que puede resolverse por la vía de la negociación y la transacción.

Objetivamente, Rusia no tiene que temer al proyecto de integración europea. Muy al contrario, nuestra política con las antiguas repúblicas soviéticas se llama y es de estricta y buena vecindad, carece de cualquier vocación expansionista, y debería ser interpretada como una excelente oportunidad para construir un mundo multipolar en el que los intereses estratégicos y el bienestar económico de Rusia estarían mucho mejor apoyados. Es cierto que en nuestras relaciones exteriores hay unas líneas rojas intangibles, pero no son otras que las establecidas en la Carta de las Naciones Unidas y en los Convenios y Protocolos suscritos por Rusia ante la Comunidad Internacional, la OSCE o el Consejo de Europa.

Estoy convencido que finalmente Rusia comprenderá, con este gobierno o con los que vengan después, que nuestra Unión y sus políticas son una oportunidad para todos los pueblos que un día formaron parte de la Unión Soviética, empezando por el pueblo ruso, que merecen un futuro próspero y alcanzar los dividendos de la paz en un mundo que superó felizmente la bipolaridad y los bloques.

TP.- Imposible terminar esta conversación sin conocer tu opinión sobre la controvertida, decisiva, y quizá histórica cuestión del Tratado de Libre Comercio (TTIP) que negocia estos días la UE con los EEUU.

A.C.- Las relaciones trasatlánticas fueron y son vitales para la Unión: Estados Unidos liberó a Europa de las amenazas totalitarias y es nuestro principal amigo y socio político, económico y diplomático.

Es cierto e inevitable que haya también cuestiones y momentos problemáticos y que los intereses estratégicos no sean interpretados de la misma manera e, incluso, que haya habido sonoros desencuentros como en la guerra de Irak, las actividades de los servicios de inteligencia americanos o su oposición a la agenda de la sostenibilidad ambiental y del respeto irrestricto de los derechos humanos. Pero yo no participo en esa corriente de la opinión pública europea que cultiva un permanente y visceral antiamericanismo. Si aquello ya era contraproducente cuando existía la Guerra Fría, ahora carece de cualquier racionalidad. Tiene mucho que ver con la insana envidia de los nacionalistas de países menguantes o de los comunistas con fe de carboneros.

La Unión Europea apuesta inteligentemente por la libertad de comercio y está firmando y ampliando sus relaciones comerciales con todos los países, y no se me alcanza la oposición de principio que tienen algunos a cualquier tipo de Tratado Comercial con los EEUU. El comercio, desde los tiempos más remotos, ha sido uno de los rasgos de la civilización europea y vector fundamental de su modernidad, crecimiento, actividad, empleo, amén de convivencia y amistad con los otros pueblos y continentes.

Por lo tanto, personalmente, opino que lo que puede y debe ser debatido son los términos y el contenido de tal Acuerdo y no el hecho de acordar con los Estados Unidos.

Pero para ello el debate exige leer, conocer y no contentarse con manejar el título y los eslóganes de la propaganda, sea ésta a favor o en contra del TTIP. Creo que la posición favorable o desfavorable, cuando se terminen las negociaciones en curso, debe fundamentarse en el análisis de los equilibrios y concesiones recíprocas y en las condiciones que salven los posibles impactos negativos sobre el modelo que hoy protege en Europa, entre otras cuestiones, el empleo de calidad, la salud y la seguridad de los consumidores, la creación y salvaguarda de nuestra cultura, nuestros servicios públicos y los servicios públicos esenciales, incluido el acceso a la Justicia.

Equilibrar la libertad del mercado con los derechos de los ciudadanos no es cuestión baladí y exige un manejo de complejos conocimientos técnicos para ser precavidos y minimizar los riesgos. También exige una transparencia total para que haya un escrutinio público en cada una de las fases y capítulos del Tratado. Tengo gran confianza en el compromiso y capacidad negociadora de las instituciones europeas, de sus órganos de consulta y del Parlamento Europeo. Conozco la enorme vigilancia que están ejerciendo todos los grupos de interés y las organizaciones de la sociedad civil europea. La primera batalla que había que ganar era la de la transparencia, y ésta ha estado salvaguardada en cada una de las nueve rondas de negociación realizadas hasta ahora.

La principal controversia de los Grupos del Parlamento Europeo, entre ellos y en su propio seno, se refiere a la suficiencia de las modificaciones introducidas en el mecanismo de solución de conflictos previstos en los borradores iniciales. Bajo una aparente solución jurídica, la parte americana pretende un sistema de arbitraje privado (ISDS en el acrónimo inglés) que limita la seguridad jurídica que dan los tribunales públicos y deja a las pequeñas y medianas empresas en una difícil posición para defender sus intereses en caso de conflicto. El texto, aún mejorado, suscita una gran división y se ha convertido en un test para la Cámara y un difícil escollo entre los negociadores.

Al final, terminé diciendo lo mismo que señalaba al principio de nuestra entrevista: Europa es un espacio político donde transacción y el pacto son obligados, pues nadie ni ninguna institución tiene fuerza imponer sus posiciones o intereses. En el Parlamento, con mayor razón, se cumple la regla que me enseñó un viejo *routier* de la casa: “Quien lo quiere todo sólo consigue la nada”. Cuando vean a un diputado, a un Comisario o a un Jefe de Estado elevando el tono y comportándose como gallo de pelea, compadézcanle o sonrían: va a fracasar o está haciendo un alarde no de fuerza sino de propaganda.

Europa funciona bajo las reglas de la moderación y el pacto. Sólo las mayorías deciden. En esa constelación de intereses y posiciones que en la UE, únicamente consiguen resultados los que inteligentemente construyen coaliciones ganadoras. Y esas coaliciones están vedadas a los dogmáticos y a los extremistas. Por eso Europa es el espacio más civilizado del mundo, y por eso he disfrutado tanto siendo Diputado Europeo.

Cáceres, 10 de junio de 2015